

Sagunto. dando libre entre las dos potencias Sagunto, lo mismo que quedaba hace poco tiempo Cracovia entre las razas alemana y eslava. Sagunto, fundada por los Griegos de Zacinto y por los Italianos de Ardea, era envidiada de los Españoles, por lo cual ayudaron vivamente á Anibal cuando la asedió á despecho de todos los tratados. Los Saguntinos le opusieron una generosa resistencia, hasta que viendo perdida la patria, se precipitaron en las llamas.

Roma estaba discutiendo todavía sobre si debería socorrerla ó no, cuando supo su pérdida; entonces envió embajadores á Anibal, para reclamar contra aquel acto, los cuales, no habiendo sido escuchados por él, pasaron á Cartago, pidiendo que fuese depuesto Anibal, violador del derecho público. El Senado respondió que aunque quisiese no podría hacerlo, y decia la verdad; pero Quinto Fabio, alzando el extremo de la toga se adelantó diciendo: *Aquí os traigo la guerra y la paz; escoged.* Los Cartagineses respondieron unánimemente: *Dános la que quieras*; y él entonces soltando el extremo de la toga exclamó: *La guerra.*

Y estalló la guerra que Tito Livio llama *maxime memorabile omnium* y que la posteridad recuerda todavía como grande, despues de tantas como han ensangrentado el mundo. No tenia ya Roma que habérselas con ladrones de la Istria ó de la Iliria, ni con los Galos, feroces pero desordenados; sino con un pueblo que hacia veintitres años venia en España, orgulloso por haber triunfado anteriormente de ciudades belicosísimas; que tenia un ejército aguerrido y un gran general: tratábase de una guerra de pasión, por lo cual se combatía con las intrigas aun mas que con la fuerza, siendo muy varia la fortuna y peligrosa la victoria. Conociendo cuán fatal podia ser la derrota, hizo Roma grandes preparativos de ejércitos propios y aliados, y dirigió súplicas á los dioses. Pidió amistad á los pueblos de España, pero estos respondieron que la buscasse entre gentes á quienes no hubiese enseñado el ejemplo de Sagunto con qué eficacia protegían á sus aliados. Dirigióse despues á los Galos, rogándoles que no dejasen paso á los Cartagineses; pero estos reuniéndose armados en consejo, respondieron riéndose que ni Cartago habia merecido mal de ellos, ni Roma bien; y que solo sabían que esta habia tratado de expulsar de Italia á sus hermanos.

Paso de los Alpes. 16 de junio 218.

Entretanto Anibal, rico con los despojos de Sagunto, dejó diez y seis mil soldados con su hermano Asdrubal para guardar la España, y se dirigió á Italia. Esperábase los Romanos por mar; pero él, al contrario, pensó ir por los Apeninos y los Alpes. Empresa era esta espantosa y que nadie habia intentado; pero desde que Alejandro habia ido á las Indias, ninguna parecia imposible á los guerreros; y del mismo modo que este habia seguido las huellas de Baco, se proponia Anibal seguir las de Hércules, que se decia habia ido de la Iberia á la Italia; atravesar países bárbaros ganando á sus jefes, y

abrir un camino nuevo, empresa que los antiguos anteponian á cualquiera otra.

Hizo correr la voz de que se le habia aparecido en sueños el dios patrio, en el santuario de Gádes, anunciándole la victoria y enseñándole el camino con las tortuosidades de una serpiente. Estas cosas eran para el vulgo: entretanto enviaba emisarios á los Boyos y los Insu-brios, excitándolos contra Roma que trataba de sujetarlos contra las dos colonias de Plasencia y Cremona. Al llegar á las cumbres de los Pirineos, hizo desaparecer la inquietud de los Galos que habitaban la pendiente septentrional con un tratado memorable por su singularidad; porque en él se estipulaba que cualquiera querrela de los Cartagineses con los indígenas sería juzgada por las mujeres galas (1).

Habiendo pasado el Ródano y el Durance, principió á últimos de octubre á atravesar los Alpes, nevados, peligrosos y defendidos (2). No creemos, sin embargo, á Tito Livio, que por hacer dramática la descripción, falta á la verosimilitud de los hechos y hace una injuria á la prudencia del gran capitán. Aquellos Alpes que Cornelio nos presenta como inaccesibles, y tales que apenas podia pasarlos un hombre ágil, habian sido atravesados muchas veces por los Galos para ir á saquear la Italia ó á establecerse en ella; y no mucho antes habian bajado algunos á unirse á sus hermanos establecidos en las orillas del Po. Aparecen, además, muy poblados segun la misma relacion, y evidentemente los Galos sirvieron de guías á Anibal, que de otro modo no se hubiera aventurado por sendas desconocidas. Pero fué tan desastrosa la marcha, que de cincuenta mil infantes y veinte mil caballos con que habia salido de Cartagena, á los cinco meses y medio no le quedaron mas que veinte mil infantes y seis mil caballos (3). Quedábale, no obstante, el favor de los Galos y su valor: por lo que, habiendo llegado á los cinco meses de marcha al país de los Taurinos, bajó al Po, donde los Galos habian dispersado las colonias de Plasencia y Cremona y derrotado al cónsul Manlio en los bosques de Mutina.

La primera resolución de Roma fué enviar un ejército al África, otro á España y otro á la Galia. Este último fué derrotado; el segundo mo-

(1) PLUTARCO. *De la virtud de las mujeres.* Una cosa semejante refiere Pausánias de los Eleos, que creyéndose agraviados por los Pisonos, y habiendo pedido en vano satisfacción á Demofonte, tirano de Pisa, muerto este, convinieron con sus habitantes en someter la diferencia á diez y seis mujeres escogidas una por cada ciudad de los Eleos. Agradó tanto su decision que se estableció un colegio perpetuo de diez y seis matronas para que presidiese los juegos de Juno, y concediese el premio al mas digno.

(2) Cuenta Livio entre otras fábulas que Anibal rompió los Alpes con vinagre (*montes rumpit aceto*). JUVEN. También hoy en las famosas minas de Hartz se abren las rocas encendiendo grandes fuegos en ellas y echando agua cuando están bien caldeadas; operacion que debia de ser muy comun ántes de la invención de la pólvora.

(3) Una biblioteca entera podria formarse con las obras escritas sobre la marcha de Anibal desde España á Italia: señal de que los datos son tan arbitrarios como inútiles las consecuencias. Nosotros, sin entrar en discusion, recomendamos á Polibio, lib. III, 42-56. Véase también nuestra GEOGRAFÍA.

lestó la marcha de Anibal, pero viéndole escalar los Alpes, acudió á la defensa de su país, al mismo tiempo que su inesperada llegada detenía en Italia al otro ejército. Escipion presentó la batalla á Anibal junto al Tesino y fué vencido, corriendo igual suerte Sempronio que se le opuso junto al Trebia. Las llanuras del valle del Po ofrecían oportunísimo campo á la excelente caballería nómada; y los Galos, alistados por los Romanos, desertaban de su ejército y se incorporaban con el de Anibal, que en breve se encontró á la cabeza de noventa mil guerreros.

No tenia sin embargo demasiado motivo de alegría. Los Galos, ya que se habian libertado de la molestia de las colonias, de mala gana arriesgaban su independencia para favorecer á extranjeros, que eran pocos para asegurarles la libertad, pero bastantes para causarles disturbios y gastos. El ejército mismo de Anibal se componía de extranjeros allegados de cualquier modo, ardientes é indóciles cuando estaban quietos; orgullosos en la victoria; que querían imponer al capitán la hora y el sitio de la batalla, en vez de aguardar la ocasion, y que refrenados por robusta mano, conspiraban contra Anibal, quien, para eludir sus asechanzas, se veía obligado á mudar continuamente de traje. Mas apenas lo permitió la estacion, movió Anibal su campo hácia Arezzo por el camino ménos practicado de las marismas, del Arno y del Clani, donde perdió hasta siete elefantes y bastantes hombres y caballos, y á orillas del Trasimeno derrotó de nuevo á los enemigos (1).

Las poblaciones que Roma habia sojuzgado, y cuyo patriotismo ofendía con las colonias y con sus magistrados, favorecian al pretendido libertador, y desde los Alpes al Peloro se renovaba el grito de independencia. Esto infundió gran terror en Roma; se eligió dictador á Fabio Máximo, que fortificó la ciudad, cortó los puentes, y comprendiendo que era menester proteger, no ya á toda la Italia, sino á la capital, tuvo el valor de aguardar la ocasion, desafiando la universal acusacion de impericia y lentitud, mientras que Anibal penetró á su vista en la Italia Meridional y en la Umbría hasta Espoleto, y devastó las floridas campiñas de Falerno, de Mäsico y de Sinuesa.

El éxito mostró cuán prudente fué la dilacion de Fabio, porque Anibal, careciendo de víveres, meditaba ya retirarse á la Galia, cuando el cónsul Varron lleno de confianza, contra los consejos de Fabio y de su colega Paulo Emilio, le presentó la batalla en Cánnas á orillas del Ofanto. Anibal se alegró, y dispuso sus huestes de Africanos, revestidos de armas adquiridas en las batallas del Trebia y del Trasimeno; de Galos con sus largas y agudas espadas; de Españoles

(1) En ciertos dias, sobre todas las alturas que circundan á Cortona se encienden fogatas, que presentan una vista bellísima; y dicen que procede este uso del regocijo experimentado cuando Anibal derrotó á los Romanos á orillas del Trasimeno, en cuya ocasion creyeron los Etruscos recobrar la libertad. — ;Del extranjero!

con sus espadas puntiagudas, aquellos desnudos hasta el ombligo, estos vestidos de blanco y con los escudos casi iguales. Feroz fué la batalla, pero triunfó Anibal; quizá perecieron setenta mil Romanos: tres modios y medio de anillos quitados á los caballeros muertos se derramaron en el vestibulo del Senado de Cartago; y Paulo Emilio, mostrando en aquel trance su grande alma, enviaba á decir á Roma que se fortificase ántes de que llegara á sus muros el vencedor. Este se adelantó, plantó el estandarte del caballo sobre una altura desde donde veía á la ciudad enemiga, y alejándose luego, estableció sus cuarteles en Capua.

Aquí repiten todos aquel dicho de Maharbal, lugar-teniente de Anibal: *Sabes vencer, Anibal, pero no sabes aprovecharte de la victoria* (1). ¿Pero podia verdaderamente llevar adelante la guerra? En primer lugar se habia separado del Norte de la Italia, de manera que no le era posible reforzar los ejércitos con las milicias de la belicosa Galia; habia perdido además la mayor parte de los caballos, tan preciosos para los Africanos, y en general para los soldados mercenarios, quienes, privados de patria y de familia, ponen todo su cariño en esta su única posesion y refugio; no poseía una ciudad ni una fortaleza; y si los Italianos desertaban de la causa de Roma, lo hacían por estar hartos de llenar sus filas, por lo cual mucho ménos debían querer militar en las de Anibal. No quedaba á este otro recurso mas que implorar auxilios de Cartago; pero allí se oponía á sus proyectos Hannon, jefe de la faccion contraria á los Barcas. Astuto diplomático á la moderna era verdade-

(1) Es discretamente ridículo oír cantar á un poeta del siglo XVIII con la mayor seriedad:

El ocio blando, de agradable aspecto,
En la muelle Campania, á la indolencia,
Su dulce amiga, contra el pecho oprime:
¿Por qué, pues, oh Africano, en tu fereza
Sigues, y de tu cuerpo el sudor brota
Que el duro yelmo y la coraza riega?

También Bossuet en su *Discurso* dice: «Anibal, envanecido con sus grandes triunfos, creyó demasiado fácil tomar á Roma y detuvo su marcha.»

Herder, perpétuo declamador, exclama: «Anibal, grande é incomparable héroe, ¿por qué no te fué dado evitar la ruina de tu patria, y despues de la batalla de Cannas, lanzarte hácia el antro de la Loba, cuyo camino te mostraba tu odio hereditario? Una posteridad afehinada que en su vida atravesó los Alpes ni los Pirineos, tiene la insolencia de condenarte; pero estos intrépidos censores olvidan cuáles eran los pueblos que mandaste, y á qué estado debían estar reducidos despues de la espantosa campaña de invierno en que habías conquistado la Italia Superior y el Lacio. Por boca de tus enemigos te acusan de haber afirmado mal la disciplina militar, ellos que ni siquiera saben concebir cómo pudiste conservar por tanto tiempo unidas bajo tu bandera las falanges mercenarias, y al cabo de tantas marchas y facciones no reposar hasta despues de haber llegado á los llanos de la Campania. Gloria eterna al nombre del mas terrible enemigo de aquella Roma, que mas de una vez exigió imperiosamente que le fuese entregado como una máquina de guerra. La avaricia facciosa de sus contemporáneos, y no la fortuna, le impidió llevar á cabo sin Cartago una conquista que á sí solo habria debido. Pero así como los esfuerzos de sus compatriotas no habian servido mas que para instruir á Roma en la navegacion, Anibal se vió reducido á no ser para esta sino un instrumento de perfeccion en el arte militar, etc., etc.»

Todos en las escuelas hemos declamado contra los ocios de Capua, y hemos sido alabados por el maestro cuando amañábamos á Anibal con los Fabios y los Escipiones.

Situación de Anibal.

Batalla de Cánnas. 216.

ramente aquel Hannon. Cuando Asdrubal solicitó que se le diese en España por ayudante al joven Anibal, dijo aquel: *Cosa justa pide, y sin embargo propongo que se le niegue*; y explicó la paradoja sosteniendo que no convenia avezar tan temprano á un niño al mando casi hereditario, y que era mas útil moderar su fogosidad con la sujecion á las leyes (1). Cuando los embajadores romanos fueron á reclamar satisfaccion por el sitio de Sagunto, habló muy alto de derecho y de justicia, y propuso que Anibal fuese entregado. Á la sazón se oponia á que se le socorriese diciendo: *¿Qué necesidad tiene de auxilios entre tantas victorias como nos cuenta? ¿No ha muerto á doscientos mil Romanos, hecho prisioneros á cincuenta mil, sujetado á los Apulios, los Brucios, los Lucanios y los Campanios, como nos refiere Magon?*

No obstante, no eran únicamente los celos de aquel la causa que retenia al prudente Senado cartagines en socorrer á Anibal. Este general, que por su propia cuenta, digámoslo así, habia guerreado en España, y ahora independiente vencia en Italia, inspiraba temores á la patria: y por las revoluciones, que vencido excitó despues en ella, se puede inferir lo que hubiera hecho siendo vencedor. Sin embargo, conociendo la importancia de la guerra, pensaba enviarle socorros; pero no era lo que necesitaba Anibal gente africana recientemente alistada, sino un ejército aguerrido ya en España. En esta region consistia el poder y la fuerza de los Barcas: de una sola mina de ella sacaba Anibal trescientas libras de plata al dia (2); su hermano Asdrubal le ejercitaba las tropas, y estas eran las que precisamente pedia que se le enviasen, mientras los reclutas de África hiciesen frente á los Romanos en España. Asdrubal efectivamente se puso en marcha, pero los Escipiones que mandaban en la Península le estorbaron el paso; se lo impidieron tambien á Magon que habia llegado á ella con tropas frescas de África, y las victorias de Iberia, de Ilturgo y de Munda salvaron á la Italia de una nueva invasion.

No permanecia sin embargo Anibal ocioso en Capua; sino que por una parte atizaba las mal apagadas iras de los antiguos Italianos contra Roma, y del rey de Siracusa, para que tomasen partido por los Cartagineses, y por otra negociaba con Filipo, rey de Macedonia, para que hostilizase á los Romanos, é hizo con él un tratado, en el cual es digno de observacion, que estipulaba poco en favor de Cartago, pero firmaba él mismo á nombre del ejército y en favor de Utica, rival de aquella ciudad (3). ¿Qué meditaba aquel aventurero?

(1) Livio, XXI, 4.

(2) *Ex quibus Bebulo puteus appellatur hodieque, qui CCC pouno Hannibali subministravit in dies.* Plin., Hist. nat., XXXIII, 6.

(3) « Tratado que el general Anibal, Magon, Myrkal y Barmokal, todos los senadores que lo acompañan, y todos los Cartagineses que se hallan en su ejército, juran con Jenofanes, hijo de Cleomaco de Atenas, enviado embajador cerca de nosotros por el rey Filipo, hijo de Demetrio, por él, los Macedonios y sus aliados.

Pero mas que nada lo contenia la indomable perseverancia de los Romanos. Estos, asustados al principio, pensaron abandonar la patria desgraciada, y ya un puñado de los mas nobles mancebos se habian unido para trasladarse á otra parte, cuando el joven Escipion los disuadió de su propósito. Ningun medio parecia entonces excesivo para reanimar la confianza. Un tal Marcio, que como Nostradamus habia hecho una coleccion de versos proféticos, y que habia predicho la verdad respecto de la derrota de Cannas, añadia que si se queria recobrar la paz, se instituyesen juegos anuales en honor de Apolo. Tan oscuras eran sus respuestas, que se tardó un dia entero en comprenderlas; despues todo se hizo como aconsejaba. Ademas se preparó el lecho y la mesa á los dioses; se prometió una primavera sagrada (1); se renovaron todas las supersticiones etruscas, y se sepultaron vivos en el foro dos Griegos y dos Galos, como en los casos mas desesperados.

Si Anibal se consoló con estos signos de terror, bien debió desanimarse cuando al embajador enviado para tratar de la paz y del rescate

» Y lo juraron en presencia de Júpiter, de Juno y de Apolo, del genio de Cartago, de Hércules y de Yolao; de Marte, de Triton, de Neptuno y de los dioses que combaten con nosotros; en presencia del sol, de la luna, de la tierra, de los rios, de los prados, de las aguas; en presencia de todos los dioses que protegen á Cartago, y de los que protegen la Macedonia y el resto de Grecia, y de todos los dioses del ejército que son testigos de este juramento.

» El general Anibal, todos los senadores que están á su lado y todos los Cartagineses que se hallan en su ejército, con el consentimiento de los nuestros y de los vuestros, nos obligamos á jurar esta alianza de amistad y de paz, como amigos, colegas y hermanos.

» El rey Filipo, los Macedonios y los demas Griegos sus aliados prestarán asistencia y socorro al pueblo de los Cartagineses, al general Anibal, á todos los que lo acompañan, á los súbditos de Cartago que reconocen las mismas leyes, á los habitantes de Utica, á las ciudades y pueblos sometidos á los Cartagineses, al ejército, á los aliados, á todas las ciudades y todos los pueblos con quienes estemos coligados, en Italia en la Célitica y en la Liguria, ó con aquellos con quienes pudiéramos aun contraer relaciones amistosas y alianza.

» Tambien se concederá asistencia y paz al rey Filipo y á los demas Griegos aliados por los Cartagineses, por los habitantes de Utica, por todas las ciudades y pueblos sometidos á Cartago, sus aliados y generales, y por las ciudades y pueblos de Italia, Célitica y Liguria que deseen ser nuestros aliados.

» No intentaremos sorpresas ni tenderemos lazos unos contra otros. Vosotros seréis los enemigos de los que lo sean de Cartago, exceptuando los reyes, las ciudades y los pueblos con quienes estuviérais aliados; nosotros igualmente seremos enemigos de los que lo sean del rey Filipo, á excepcion de los reyes, de las ciudades y de los pueblos con quienes tuviésemos contraida alianza. Vosotros seréis nuestros aliados en la guerra contra los Romanos, hasta que los dioses nos den á vosotros y á nosotros la paz: y vendréis en nuestro auxilio cuando fuere necesario y segun convengamos. Si los dioses nos favorecen á vosotros y á nosotros en la guerra contra los Romanos, y estos llegan á solicitar la paz, nosotros la haremos de modo que vosotros seais tambien comprendidos en ella; y no se les permitirá que os hagan la guerra. Corcira, Apolonia, Epidaurio, Fero, Dimale, Partina y Atintamia no podrán caer bajo la dominacion romana. Los Romanos devolverán tambien á Demetrio de Faro todos los hombres de su nacion que se hallan en su territorio. Pero si los Romanos llegaren á atacar á uno de nosotros, nos ayudaremos respectivamente como el caso lo exija: y lo mismo haremos si otros nos hicieren la guerra, excepto siempre el rey, las ciudades y los pueblos con quienes vivimos en alianza. Pero si juzgásemos oportuno quitar ó aumentar algo á este tratado, seriamos libres de hacerlo de comun acuerdo. » Polibio, lib. III.

(1) *Lectisternium, ver sacrum*, Livio XXVII, 39. — ARRIANO B. H. — SILIO ITAL. XV, 496.

de los prisioneros se le contestó que Roma no necesitaba de gente que se dejaba coger viva; que en aquella noche saliese del territorio romano; y al ver que sacado á pública subasta el terreno en que estaba acampado, hubo rivalidad entre los compradores, como si ningun enemigo hubiese en Italia. En efecto, en la desgracia se multiplicaron las fuerzas de Roma; á porfia llevaba cada cual su dinero al tesoro público; toda la juventud desde los diez y siete años en adelante se alistó; con armas antiguas arrebatadas á los enemigos se pusieron en pié de guerra ocho mil esclavos voluntarios; Nápoles presentó cuarenta pateras de oro, de las cuales solo la mas ligera fué aceptada; Hieron envió una Victoria de oro de trescientas veinte libras, trescientos módios de trigo, doscientos de cebada y mil honderos que fueron muy bien recibidos; y la direccion de todos los negocios se confió otra vez á la animosa prudencia de Fabio Máximo, que con su calculada lentitud restableció las cosas.

Los ocios muelles é indisciplinados de Capua desmoralizaban á los soldados de Anibal, el cual decaía á medida que crecía Roma: Sempronio pudo vencerlo, y así volver la confianza á los guerreros romanos: Filipo de Macedonia, que habia acudido á fin de molestar la Italia, fué derrotado en Levino, y pronto se reembarcó para reparar los desastres que en su patria le suscitaba Roma, la cual envió tambien á Marcelo á castigar á Siracusa.

Despues de la muerte del buen Hieron II, habia caído esta bajo la tiranía de su sobrino Hierónimo, de la que se redimió asesinandolo. Succedieron á esta muerte violentas turbulencias; algunos demagogos excitaban al pueblo contra Roma en nombre de la independencia, por lo cual Apio por tierra y Marcelo por mar acometieron la ciudad. En vano el gran matemático Arquímedes para la defensa de la patria hacia de sus conocimientos el uso mas santo que puede hacer hombre alguno, rechazando con máquinas al enemigo, mientras abrasaba sus naves con los espejos ustorios. Marcelo la tomó y la entregó al saqueo y á las llamas: el mismo Arquímedes, mientras estaba absorto en sus meditaciones, percibiendo apenas el rumor del asalto, fué muerto por un soldado. Mas riquezas encontraron allí que despues en Cartago; y Roma se engalanó con las estatuas y columnas trasportadas de esta ciudad. Los Siracusanos vinieron á quejarse de que se castigase así en ellos la fe violada por sus tiranos, y solicitaban que á lo ménos, ya que tanto habian padecido, se les restituyese el botín. Apoyándolos Manlio Torcuato, decia: *Si levántase la cabeza Hieron, tan fiel á nuestro nombre, ¿qué diria viéndose arruinada su ciudad, y adornada Roma con sus despojos?* El Senado contestó que lo sentia, pero que Marcelo habia procedido con buen derecho de guerra (1), y toda la Sicilia fué reducida á la infeliz condicion de provincia.

(1) Livio, lib. XXVI, 25, 26.

Entonces se dirigieron los Romanos contra Capua. Despues de haber hecho Anibal prodigios para salvarla, con una pasmosa retirada se reconcentró en la Daunia y la Lucania cerca del Estrecho. Los voluptuosos Capuanos, viendo perdida toda esperanza, despues de un espléndido banquete, hicieron circular la copa envenenada que debia librarlos de la venganza de los Romanos; unos se retiraron á sus casas, otros permanecieron juntos bebiendo, hasta que fueron muriendo poco á poco; y los que sobrevivieron fueron muertos legalmente, porque habiendo acontecido á poco un incendio en Roma, se atribuyó á los Capuanos, á quienes se hizo confesar el delito en el tormento, y por tanto morir en el suplicio.

No quedaba, pues, á Anibal mas esperanza que el ejército de su hermano Asdrubal; pero este estaba entretenido en la guerra, que tan viva, aunque ménos famosa, se hacia en España. Los hermanos Cneo y Publio Cornelio Escipion hallaron la Península irritada contra los Cartagineses por la dureza con que arrancaban tributos y tropas, y en algun punto los naturales se habian sublevado, degollando hasta quince mil enemigos, lo cual facilitó las victorias de los Escipiones, que llegaron tambien á recobrar á Sagunto; pero derrotados despues, perecieron entrambos. Tal impresion hizo en Roma este suceso, que ninguno deseaba aquel mando; pero Publio Cornelio Escipion, que solo contaba veinticuatro años, se presentó á vengar á su tío y á su padre. Este joven, que despues debia obtener el sobrenombre de Africano, templaba el heroísmo de los antiguos patrios con la amabilidad de la educacion griega; era del partido de los nobles, pero se valió de la plebe para su provecho; sabia servirse y reirse de las leyes, de la religion y de los tratados segun le convenia; era, en fin, uno de esos hombres cuya popularidad y cuyo ejemplo bastan para reducir á la servidumbre una ciudad libre.

Reanimó á las desalentadas legiones, y diciendo que Neptuno le ordenaba marchar por entre los enemigos, para atacar á Cartagena, arsenal y granero de los Cartagineses en España, la acometió y puso en ejecucion la ley que mandaba á los Romanos, cuando penetraban en una ciudad, degollar á todos los hombres, á todos los animales útiles y hasta á los perros (1). En seguida despidió con toda cortesía los rehenes de los Españoles que allí encontró y respetó tambien á las mujeres, con lo cual se granjeó la amistad de los naturales.

No pudo sin embargo impedir que llevase Asdrubal un ejército á Italia. Este general, á quien llama Diodoro el mas grande despues de Anibal, atravesó los Pirineos y los Alpes con rápida marcha; ya se consolaba Anibal con la esperanza de su próxima llegada, cuando le arrojaron al campo la cabeza de su hermano, que habia sido derrotado y muerto cerca de

(1) Polibio, lib. I.

Toma de Capua. 211.

Ejército de España.

212.

P. C. Escipion.

210.

Asdrubal en Italia. 208.

Sena. Así trataban los magnánimos descendientes de Rómulo al hermano de aquel bárbaro, que habiendo recibido de Magnon el cadáver del vencido Sempronio Graco, en vez de hacerlo pedazos, como se lo aconsejaban sus soldados, lo honró con magníficas exequias, y envió sus huesos al campo romano.

No quedaba, pues, mas recurso á Aníbal que mantenerse á la defensiva, aprovechándose de las posiciones que le ofrecían los Abruzos, insuperables cuando los ocupan hombres; y fué tan admirable su prudencia en los desastres, que alcanzó á mantener á raya á los enemigos, los cuales no osaron atacarlo aun cuando estaba maltratado y desordenado. Su ejército ademas, compuesto de mercenarios y de allegados de toda clase de lenguas, de religión y de costumbres, no le perdió el respeto, como fácilmente acontece al faltar la fortuna; y aunque rechazado á los extremos de la Italia, que poco ántes habia recorrido vencedor, y careciendo de pagas y frecuentemente de víveres, no se le amotinó. Cartago intentó otra vez enviarle socorros, haciendo desembarcar en Génova á su hermano Magon con catorce mil hombres; este intentó atraer á su favor á los Ligurios, y habiendo aumentado sus fuerzas, entró en la Galia, adonde se mantuvo mucho tiempo hasta que vencido, fué llamado á Cartago. También expidió Cartago á Hamilcon á la Sicilia; pero la guerra se arrastraba lentamente, como cuando ninguna de las partes quiere dar un golpe decisivo. Escipion era el que debía darlo.

La marcha de Asdrubal le habia facilitado la sumision de toda la España cartaginesa hasta Cádiz, y sus constantes victorias le habian valido el honor de ser elegido cónsul ántes de la edad requerida. Creyendo que no se podria terminar la guerra sino por medio de un desembarco en África, habia contraído ya alianza con Sifaz, rey de Numidia; pero los generales veteranos de Roma, fuese por prudencia ó envidia, se le opinian, de tal modo que con dificultad obtuvo treinta galeras (1). Á la escasa voluntad del Senado suplió el ardor de los Italianos, ávidos de libertarse de las perennes devastaciones de las bandas de Aníbal, cuando ya no esperaban de él la prometida emancipacion. Los Etruscos sacaron de los arsenales las armas y los aparejos, abundantísimo resto de su antigua grandeza; Populonia suministró el hierro; Tarquinia las telas; Arezzo treinta mil escudos, celadas, dardos y picas, cincuenta mil astas largas, y cuantas hachas, haces, vasos para el agua y ruedas de molino se necesitaron; los de Clusio, Perusa y Rosea ofrecieron los abetos; de manera que Escipion, mientras fingia estar embriagado en la molicie y los placeres, reunió en Sicilia un poderoso armamento, con el cual desembarcó en África.

Escipion en África. 204.

(1) APIANO dice solo diez, aprovisionadas únicamente por medio de donativos voluntarios. Χρήματα οὐκ ἔδωκαν πλὴν εἰ τις ᾔθελε τῷ Σκιπίωνι κατὰ φίλαν συμπερίειν.

Sorprende que Cartago no se opusiera á aquella expedicion; pero habia conseguido atraer á su partido á Sifaz, por instigaciones de Sofonisba, hija de Aníbal Giscon, que empleaba su belleza en crear enemigos á Roma. Escipion los destituyó, y restableció en el trono de Numidia á Masinisa, poderoso caballero, que á los ochenta años cumplidos todavia podia sufrir un dia entero de fatiga á caballo. Anhelando este vengarse de la pérdida de su reino, contribuyó no poco á la victoria que al fin alcanzó Escipion; tuvo en su poder á Sifaz y le quitó á Sofonisba, cuyas gracias pudieron tanto sobre el viejo, que se casó con ella. Despechado Sifaz, hizo entender á Escipion que aquella mujer arrastraria á Masinisa á la rebelion, como le habia arrastrado á él. El Romano la reclamó por tanto al rey númida, el cual monta á caballo, presenta á Sofonisba la copa envenenada, y se aleja. Gracias por el regalo nupcial, exclama la intrépida esposa, y bebe. Masinisa mostró el cadáver á los Romanos que fueron á reclamarla, y Escipion cifió á su frente la diadema merecida por aquel asesinato.

Sofonisba.

203.

Estrechada así de cerca Cartago, llamó de Italia á Aníbal y Magon. ¡ Con qué despecho dejaba Aníbal el hermoso país por tanto tiempo codiciado! Diez y seis años lo habia recorrido, robando y talando, arruinando á enemigos y amigos, exterminando á las familias infieles, ó que le inspiraban temor, ó de cuyos bienes tenia necesidad para mantener sus mercenarios. Todavía, á punto de abandonarlo, bajo pretexto de visitar las guarniciones de las fortalezas aliadas, envió sus comisarios á caza de ciudadanos y á saquear casas y tesoros; y porque los pueblos se opusieron á estas depredaciones, hubo nuevas violencias y sangre. Hubiera querido llevar á África unos veinte mil Italianos que militaban bajo sus banderas; pero no accediendo á ello sino los reos de delitos capitales, hizo á aquellos esclavos de estos; y porque se avergonzaban de convertirse en carceleros de sus propios hermanos, los reunió con cuatro mil caballos y bastantes bestias de carga, y á todos los pasó á cuchillo (1).

Vuelta de Aníbal al África.

¡ Tales eran las huellas que dejaba Aníbal de su paso (2)! Apénas vió Cartago al gran general, recobró la audacia; y faltando á la tregua establecida, maltrató algunas naves romanas impelidas por la tempestad, é intentó despedir de mala manera á los embajadores romanos que habian ido á reclamar contra este hecho. Aníbal, sin embargo, no tenia prisa por vencer, y cuando lo incitaban á la batalla, respondia que cuidase cada cual de lo que fuera de su incumbencia, porque el estarse quieto ó moverse era negocio exclusivamente suyo. Avistándose con Escipion, le propuso cederle la Sicilia, la Cerdeña y la España; pero el general romano

(1) Diodoro refiere este hecho en los fragmentos; tambien lo refiere Apiano; pero Tito Livio lo calla, como otros muchos. (2) Entre Catanzaro y Crotona está la Torre de Aníbal, donde es tradicion que se embarcó.

no aceptó estas condiciones. Entonces se dió la batalla en Zama; y aun cuando los Celtas y los Ligurios, que componian la tercera parte del ejército púnico, combatieron con el odio propio de la raza gala contra la romana (1), fué vencido Aníbal.

Entonces prevalecieron los negociadores, y arreglaron la paz con estas condiciones: que conservaria Cartago su territorio y su gobierno, entregando todos los elefantes y las naves, excepto las trirremes; que pagaria en cincuenta años diez mil talentos; que no emprenderia guerra alguna sin el consentimiento de Roma; que restituiria á Masinisa cuanto sus antepasados habian poseido, y que daria á los Romanos cien rehenes.

Era esta una de aquellas paces que violan la soberanía de un pueblo. Cartago vió arrebatados por los Romanos los quinientos bajeles con que no habia sabido impedir el desembarco de Escipion, y colocado á sus puertas el inquieto Masinisa, que incesantemente se habia movido en su daño, mientras que ella no podia declararle la guerra. Cuando el embajador cartagines fué á Roma á solicitar la sancion del tratado, un senador le preguntó: ¿Á qué dioses llamaréis ahora por testigos, vosotros que á todos fuisteis perjuros? Y el Cartaginés contestó: Llamarémos á los que nos han castigado con tanta severidad. ¡De tal manera se sentia Cartago degradada!

El despecho de la humillacion hizo que recobrase su influencia Aníbal, que se halló de pié cuando todos estaban postrados. Seis mil quinientos mercenarios, avezados con él á vencer y robar en España é Italia, lo constituían en déspota de la desarmada Cartago, por lo cual se hizo nombrar sufeta, y principió la reforma. Viendo que la Gerusia se habia arrogado un poder tiránico sobre los bienes y las personas de los ciudadanos, redujo las magistraturas de perpétuas á anuales; burlábase de aquellos mercaderes que al haber de pagar el primer plazo del tributo romano, lloraban mas que al ver el incendio de la escuadra; mejoró la administracion de la hacienda, pagando las deudas antiguas, haciendo volver al fisco lo mal tomado, y mostrando que la represion de los concusionarios era aun mas útil que un tributo nuevo: por último, ocupó á los soldados ociosos en plantar olivos, esperando con la agricultura y el comercio vigorizar á la aniquilada Cartago, á la cual deseaba convertir en centro de una gran liga contra Roma.

Reformas de Aníbal.

CAPÍTULO X

Guerras de Roma en Europa y en Asia.

Pero Roma tenia el audaz vigor de una insigne victoria. Si en la guerra contra Aníbal vió

(1) Το τρίτον τῆς στρατιᾶς Κέλτοι καὶ Λίγυες. La tercera parte del ejército se componia de Celtas y Ligurios. APIANO, Gallia proprio atque insula in Romanos odio incenduntur. Livio XXX, 33.

talado el país, se habia asegurado no obstante el dominio sobre toda la Italia, sobre los mares y sobre florecientes provincias. En el interior se habia adquirido el Senado la preponderancia que es natural en tiempos de guerra, y con esta queria conservarla. El brazo de los bravos era dirigido por el juicio de los cuerdos, y mientras el arte militar habia decaído en otros países viniendo á parar á manos de gente mercenaria, ó rigiéndose por el impetu irracional de la plebe, ó bien por el capricho de los tiranos, en Roma, no tanto consistia en ganar batallas, cuanto en preparar poco á poco las victorias con la intervencion pacífica, con los manejos fraudulentos y con la artificiosa constancia en evitar ó destruir cuantas alianzas oponian á sus conquistas la rivalidad ó el amor á la independencia.

Muy diversos enemigos hallaba Roma en Oriente y en Occidente. La España, que desde el año 206 formaba dos provincias romanas, la Citerior y la Ulterior, doblegada, pero no destrozada, se revolvia contra su señora con la férrea constancia de aquellos indomables caracteres; y habiendo aprovechado una ocasion para sublevarse, exterminó al pretor Sempronio Tuditano y á su ejército.

España.

En la Galia Cisalpina habia dejado Magon á otro Amilcar Cartagines, experimentado guerrero, que preferia vivir inquieto entre los enemigos de Roma á la indecorosa paz de Cartago, y el cual enardeció tanto á los Cisalpinos, que los Boyos, los Insubrios, los Chenomanos y los Ligurios se coligaron, incendiaron la colonia de Plasencia, y amenazaron á Cremona; pero junto á los muros de esta fueron vencidos por Lucio Furio, y el mismo Amilcar pereció combatiendo. En los años siguientes se peleó por una y otra parte con vária fortuna, hasta que resuelta Roma á llegar á un término, envió tropas á invadir primero la Liguria, y luego la Insubria, y lo que importó mas, ganó á los venales Chenomanos, que en lo mas vivo de la pelea desertaron de su partido por el de los Romanos, é hicieron completa la derrota de los Galos. No obstante esto, ni los Boyos, ni los Insubrios quedaron sometidos, y solo después de terribles batallas tomó Claudio Marcelo á Como y veintiocho castillos al rededor, llevándose inmensos despojos á Roma.

200.

197-196.

En los años sucesivos, fueron enviados á la Galia tres ejércitos, los cuales con el encarnizamiento nacional causaban tal desolacion, que algunos de los mas ricos buscaban refugio entre los mismos Romanos, encontrando con frecuencia ultrajes horrendos. Un bardaje de Quincio Flamínio se quejaba de haber abandonado á Roma por seguirlo la víspera de un combate de gladiadores, cuyo espectáculo le era muy grato. Estando, pues, á la sazón en la mesa rivalizando unos con otros en desenfreno y lujuria, anuncian á Flamínio la llegada de un jefe boyo con su familia, el cual introducido, expone su situacion, y pide proteccion y hos-

192.